

19 - La Guerra de una Joven Entre las Estrellas [Youjo Senki/Star Wars]

- [19 - La Guerra de una Joven Entre las Estrellas \[Youjo Senki/Star Wars\]](#)

19 - La Guerra de una Joven Entre las Estrellas [Youjo Senki/Star Wars]

La Guerra de una Joven Entre las Estrellas

19

Extremos de Mandalore en las afueras de Sundari, 42 ABY.

“Jaster,” llamó la voz de Jango desde fuera de su tienda, y Jaster levantó la vista del libro que hojeaba cuando el hombre que sería su hijo asomó la cabeza por la abertura.

“¿Qué pasa?” preguntó, observando la expresión seria en el rostro de Jango.

“Los Jedi han llegado.”

“¿¿¿Tanya ha regresado???”

Jango negó con la cabeza. “No. Parece que son dos de los maestros. Dooku y el que has estado mencionando.”

“El maestro Sifo-Dyas,” asintió Jaster. “Muy bien, saldré en un momento.”

Jango asintió y salió, y Jaster se tomó un instante para volver a colocarse sus botas, junto con su cinturón, arma de mano y la armadura del pecho. No pensaba que hubiera problema con los Jedi, pero debía mantener una imagen adecuada entre las tropas.

Saliendo con paso firme de su tienda, encontró a los dos Maestros Jedi de pie en medio del campamento. Ambos miraban hacia el sur, estudiando el cielo. Con el ceño fruncido, Jaster se acercó y preguntó: “¿Algo malo?”

“Es Tanya,” respondió el Maestro Dyas, apartando la vista del cielo para encontrar la mirada de Jaster. “Fue capturada por la Guardia de la Muerte.”

Jaster se quedó inmóvil unos segundos, antes de que la ira lo invadiera. Su mandíbula se apretó con fuerza, hasta que le dolieron los dientes por un momento. “Jango. Reúne a las tropas. Quiero que estemos listos en diez minutos.”

El Maestro Dyas negó con la cabeza. “No hace falta.” Cuando Jaster le lanzó una mirada que indicaba que quería una explicación urgente, él añadió rápidamente:

“Eso significa que probablemente ya tiene recursos preparados,” musitó Jaster, recibiendo un asentimiento de Dyas. Mirando a Jango, ordenó: “Crea un equipo de seguridad y envíalo a Sundari. Que registre los edificios cercanos en busca de problemas. Ten un equipo de intervención en espera. Si tiene información útil, quiero que ataquen a esos bastardos en su territorio.”

“

nuevos y prístinos—

O la Guardia de la Muerte tuvo suerte y robó algunos, o alguien los está proveyendo.”

Jaster casi se tambalea cuando Tanya le arrojó un casco de manera ligera y se desplomó en el suelo arenoso. Dooku se arrodilló frente a ella y empezó a revisarla en silencio, solo para que la chica apartara suavemente sus manos de donde él la estaba inspeccionando. Al girar el casco en sus manos, Jaster soltó una risita silenciosa al reconocer a quién pertenecía.

“Fácil de reconocer.”

“Lo llevaba él,” confirmó Tanya. “Tiene una hoja negra bastante llamativa. Es mía, ahora.”

“Cada uno en su estilo.”

La chica frunció el ceño y preguntó: “¿Por qué no?”

“Eso te convertiría en objetivo para cualquiera que quiera reclamar el título de Mandalore,” explicó Jaster, y su expresión se volvió más severa.

“Podemos hablar de qué hacer con él más tarde,” decidió Dooku, y Jaster asintió en acuerdo.

“Cuéntanos qué pasó.”

En ese momento, un médico se acercó atropelladamente, y el Maestro Dooku dio un paso atrás, cediéndole el lugar. El hombre rápidamente despojó a la joven de su túnica exterior para inspeccionarla mejor, limpiando y desinfectando sus heridas. Mientras trabajaba, Tanya empezó su informe de la situación.

“

Deseé

“

“¿Mi muslo?” preguntó Tanya, y el médico se volvió hacia ella.

“

Tanya encogió los hombros. “No me importa. Estaba más preocupada por perder sensibilidad, movilidad o función.”

El médico asintió, volviéndose luego hacia Dooku. “Cuanto antes reciba atención, mejor.”

—Tomarla ahora, entonces», aceptó Dooku, inclinándose y levantando a la niña en sus brazos.

—Ah, antes de que nos vayamos», dijo Tanya, inclinándose a su alrededor para mirar a Jaster.

—Recogí un montón de armaduras y armas de la caída de la Guardia de la Muerte. Eres bienvenido a ellas. Ya tomé lo que quería y lo dejé en la cabina.

Jaster asintió. —Vamos a dejarlo limpio y listo para cuando salgamos.

—Además», frunció el ceño y, en un momento, surgió un holograma sobre su palma. —Aquí estaba su campamento. Hay más suministros allí. Los supervivientes huyeron hacia el sureste.

—Hacia Keldabe. Jango», se volvió y encontró a Jango ya alejándose, entendiendo lo que quería.

La niña asintió y los dos Maestros Jedi regresaron a su nave. Esta despegó, encaminándose hacia Sundari. Jaster se dirigió a la nave en la que Tanya había llegado y asomó la cabeza por la escotilla. Silbando en silencio por el montón de armaduras en la cubierta, se volvió y llamó a un par de sus hombres.

—Recoged esto y redistribuidlo entre quienes lo necesiten. Lo que quede, fundidlo en lingotes.» Señalando una armadura negra que reconoció como propiedad de Vizsla, coincidiendo con el casco del hombre, la indicó. —Excepto eso. Fundid la armadura en lingotes y quedáos con las armas. Mantenedlas separadas del resto y devolvedlas en esta nave cuando hayáis terminado. Además, enviad a un par de personas a revisar esta cosa por trampas y hacerle mantenimiento.

No esperó a que le respondieran. En cambio, entró, llegando al cockpit. Levantó una ceja al ver la caja de granadas junto al asiento del piloto, junto con el rifle bláster. —A la muchacha le gusta su equipo», murmuró, tomando asiento. —Ahora, veamos de dónde vienes...

Encendiendo la computadora, fue recibido por una breve pantalla de inicio que mostraba el logo de la SRS, el esquema de la nave y el nombre del modelo: GAT-12h Skipray.

—Señorita, no podemos permitir que nadie entre—

Dooku escuchó los primeros signos de un alboroto al otro lado de la puerta, inmediatamente silenciado por la suave, aunque molesta, voz de Obi-Wan. —Se me permite entrar.

—Sí, por supuesto—.

La puerta se abrió un momento después y Obi-Wan entró apresuradamente, deteniéndose junto a Dooku y al Maestro Dyas. La niña parecía y se sentía molesta para sus sentidos mientras preguntaba: —¿Qué pasó?

—Fue secuestrada y logró escapar luchando», respondió el Maestro Dyas mientras observaban cómo la cirujana limpiaba cuidadosamente la última de las heridas de la chica inconsciente, liberándola de carne negra y carbonizada. Una enfermera roció más antiséptico y un agente sellador, luego sacaron la camilla de la sala.

La cirujana se quitó guantes y máscara y salió hacia la sala donde esperaban los tres. —La trasladaremos a un tanque de bacta desde aquí, donde la mantendremos en coma inducido durante los próximos días—.

—No—, interrumpió Dooku a la mujer, y ella se estremeció.

—¿Perdón?—.

—No sedarla—.

La mujer frunció el ceño. —Maestro Jedi, acabo de gastar las últimas tres horas en extirpar quirúrgicamente la carne quemada de sus heridas. Va a estar hecha un amasijo de nervios expuestos—, no tan grave como si tuviera quemaduras en más partes del cuerpo, pero bastante dolorosa, especialmente para una niña. Si no la dopan hasta dejarla inconsciente, el dolor que experimentará durante el proceso de curación será inmenso.

“Ella sanará más rápido si está consciente y puede administrar su propio analgésico”, explicó el Maestro Dyas, dirigiendo la mirada de la mujer hacia él.

“¿Qué quieres decir?”

“Realmente es hábil en eso”

“Lo hará”

“

— Buscaré a una enfermera para que te traiga la caja — asintió el cirujano.

Dooku asintió con gesto decidido y el cirujano se retiró en silencio. Calmadamente, Obi-Wan preguntó: — ¿Qué hacemos ahora?

— Ahora, simplemente aguardamos — le sonrió la Maestra Dyas —. Y mientras tanto, prosigan con las negociaciones.

“

— Quisiera permitirme no quejarme—afirmó con determinación.

— Sin lamentaciones—reafirmó con firmeza.

Abrió la boca, pero quedó en silencio al entrar una enfermera con una pequeña caja.—Estas son sus pertenencias. La sábana de arriba tiene su número de habitación y todo lo que necesitará.

— Gracias—asintió el Maestro Dooku, tomando la caja y entregándosela a Obi-Wan, quien la abrazó contra su pecho.

Qué pasaría si...

—

— Por supuesto—asintió el Maestro Dooku—. Estoy seguro de que ella apreciaría la compañía. No puedo imaginar que estar atrapada en un tanque de bacta sea algo particularmente estimulante para la mente.

—

Menos incómodo

El dolor era bastante intenso, pero siendo honesto... me lastimé peor aquella vez que exploté en medio de una maniobra kamikaze contra las tropas enemigas. La aplicación de estimulantes de combate y analgésicos —mágicamente... y morfina— me habían hecho sentir mejor, y el dolor se atenuó hasta un nivel que pude ignorar.

Mucho

Sumamente evidente

Existían varias formas de abordar lo primero. Necesitaba ser más ágil, más fuerte y más flexible. Debía ampliar y perfeccionar mis sentidos de peligro. Era imperativo trabajar en mi control mental y en la multitarea, para poder gestionar varias cosas al mismo tiempo.

En cuanto a lo segundo, realmente solo había dos respuestas. Primero, debía perfeccionar el control sobre mi fórmula de escudo y encontrar una manera de integrarla en una fórmula de detección y cálculo de trayectoria, de modo que pudiera establecer una especie de defensa semi-automatizada, proyectando escudos automáticamente en el camino de cualquier objeto que fallara al detectar, para desviarlo.

Destacó

Aura de miedo

En otras palabras, necesitaba enfocar mejor mi atención y escoger la herramienta adecuada para cada tarea. Tener opciones

Mis sables recibieron la última mejora, añadiendo acero musical. Debería hacer algo con los blásters,

antes que todavía

era muy

simplemente

fusil

Mis ideas sobre modificar el A-180 y el DC-15A eran bastante sencillas: enfocarme en mejoras generales básicas. Capacidad de munición, disipación de calor, potencia de cada disparo y alcance. Si lograba aumentar su penetración o el daño que causaban al impactar en un enemigo, eso sería perfecto. Tendría que desarmarlos, inspeccionarlos por dentro y hacer una investigación en internet espacial para descubrir cómo modificarlos de la mejor manera.

No obstante, una inquietud empezó a crecer en mi mente mientras pensaba en ello. Recuerdos de mis propias armas, en mis tiempos como mago aéreo. Todas nuestras armas estaban encantadas, igual que cada bala. Había pasado horas interminables encantando mis propias balas de fórmula junto a mis hombres. Las fórmulas estaban casi memorizadas en mi memoria.

No creía que fuera posible encantar un rayo de bláster, ya que no era físico y estaría en movimiento al existir. Sin embargo, encantar el arma debería ser totalmente factible. El único problema, igual que con mi orbe de cálculo, era convertir todo para que funcionara con la Fuerza en lugar de maná.

Quizá era la magia de la methe hablando, pero se me ocurrió una idea... Algo que, honestamente, debería haber considerado antes.

¿Por qué no crear una fórmula que simplemente utilice la Fuerza de manera nativa? Comencemos con algo sencillo. ¿Quizás añadir un poco de Fuerza a cada disparo, solo como una prueba de concepto?

Mi mente divagó durante un tiempo en esa idea...

De pie frente al espejo del hospital, limpié la condensación y observé mi pequeño cuerpo. De las heridas que había sufrido, solo tres presentaban cicatrices notables a simple vista: la en mi muslo izquierdo, la debajo de mi pecho y la más profunda en mi espalda.

“No está mal,” murmuré, recogiendo la toalla que me habían proporcionado y secándome rápidamente. Había salido de la bañera cubierta con lo que había aprendido era bacta. Esa sustancia era gel y se adhería a todo. En cada rincón. En mi cabello. Y si la dejaba secar, sería una pesadilla quitarla. Afortunadamente, el hospital proporcionaba jabón y champú para ese propósito, y antes de la ducha, había enjuagado sus residuos de mis oídos.

Al ponerme la bata que me habían dado, salí del baño que estaba unido a la habitación en la que había sido asignada para pasar la noche en observación. No me quedaría allí. En cuanto encontrara un terminal de comunicaciones, llamaría—

Una sombra se deslizó desde la dirección de la cama y, por un momento, casi reaccioné de forma instintiva, formando un filo de mago con mi arma, aunque no se activó ninguna alerta de peligro. Obi se quedó inmóvil, con los ojos abiertos de par en par y fijándose en mi mano, que se había preparado para partir por la mitad cualquier cosa que me hubiera atacado. Estuvimos allí, unos segundos incómodos, hasta que ella lentamente se acercó y me abrazó.

Suspiré, relajándome en su abrazo mientras intentaba ahogarme con su cuerpo, al tirar de mi cara hacia su pecho. “Esto no es necesario,” murmuré, con la voz amortiguada por el cuerpo de la muchacha más alta.

Al apartarse, Obi tiró de mi bata, abriéndola mientras yo luchaba por mantenerla cerrada. “Déjame ver qué tan grave está.”

Puse los ojos en blanco y solté la bata, ya que podía sentir que hacía frío aquí, dame eso de vuelta.

“Traje ropa limpia,” me dijo Obi, acercándose a la cama y tomando un montón de ropa doblada.

“Gracias,” le devolví sonriendo, y rápidamente me vestí.

Sentí de nuevo su culpa, su vergüenza y una pequeña tristeza. “Lo siento.”

“Impresionante.”

“Qué mirada.”

“Fuera, tú.”

“Yo, es decir, nada más. Deja de hacer esa cosa de Zeltron,” murmuró ella, cruzando los brazos sobre el pecho y fulminándome con la mirada.

“

“

Es cuestión de ser humano, elegir.

“¿Tanya, por favor?”

“

Se volvió de repente, salió furiosa de la habitación y sentí que se alejaba rápidamente, retrocediendo por el pasillo a toda prisa.

Al ver la caja sobre la cama, me acerqué y comprobé que contenía mis pertenencias. Rápidamente, me puse mi orbe de computación y lo guardé debajo de la túnica, seguido por las sables de luz, y luego el cinturón con el A-180 en su funda. El W-35 lo escondí en la parte trasera del cinturón, aunque pronto haría un viaje a nuestra nave para dejarlo en mis camarotes.

Necesito comunicarme con el maestro Dooku y averiguar qué información he perdido.